

“hábil” o “calificado” a la hora de saber aprovechar con la máxima eficacia las posibilidades comunicativas que nos ofrecen en la actualidad estas técnicas de lectura y escritura. Tal vez sea el momento de empezar a hablar de un nuevo tipo de lector: el modelo de un “ciber-lector” en el que se convertirán nuestros chicos del futuro, sobre el que, según Pedro Cerrillo y Juan Senís, (“Nuevos tiempos, ¿Nuevos lectores?”, en *Ocnos* N° 1, Cuenca, Ediciones de la UCLM, 2005) cabe una interpretación optimista y otra pesimista. De acuerdo con la primera, el “ciber-lector” será capaz de leer y dominar los textos literarios y de usar las nuevas tecnologías, es decir, de disfrutar con una novela o un poema impresos y de leer y de disfrutar también, o de satisfacer ciertas necesidades informativas con un hipertexto. Por el contrario, la visión pesimista de ese nuevo tipo de lector lo contempla dominado por los medios tecnológicos y por la velocidad de internet en la difusión de informaciones, sin capacidad de discriminarlas, y, sobre todo, sin ser capaz de leer cierto tipo de literatura “tradicional”. Es decir, tendrá desarrolladas sus competencias lingüísticas y literarias básicas, pero rellenará su actividad lectora continuada con las nuevas tecnologías.

“Uno se hace lector como consecuencia de azares y determinaciones personales, pero también como resultado de largos procesos educativos”. (Juan Mata, 2004).

Y ese largo proceso educativo abarcaría todo el proceso vital de cada individuo, con un papel importante en ese desarrollo de la escuela y de la promoción de la lectura en los distintos estratos de la sociedad. Es decir, la responsabilidad de formar lectores hábiles, competentes o modélicos no es competencia ni única ni exclusiva de la escuela, sino que entre los colaboradores de ese aprendizaje, esencialmente personal, hay que atender a los aportes desde la familia hasta otras instituciones sociales, como las bibliotecas, los organismos de gobierno, los medios de información y de comunicación.

La conquista del lector hábil, calificado, independiente, “ciber-lector” o como llamemos al nuevo modelo impuesto ni más ni menos que por la propia evolución humana, es un proceso único e irrepetible en cada ser que nace. De ahí que más que recetas o técnicas más o menos eficaces, debamos poner el punto de vista en el estímulo de las mejores condiciones para el entorno donde cada sujeto desarrolla su particular conquista de este instrumento que debe contemplar como cargado de magia o fascinación, y nunca saturado de tedio, hastío o esfuerzos ineficaces.

En el apoyo de esta experiencia de la lectura, a lo largo de la práctica académica de la lectura, estamos comprometidos todos los docentes, sea cual sea el nivel educativo donde realicemos nuestras tareas. Desde el jardín de infantes hasta el aula universitaria donde impartimos las enseñanzas de grado o postgrado. Son marcos donde debemos cuidar los aspectos expresivos y sensitivos de la lectura oral, tan mal planteada en muchas prácticas escolares rutinarias, el momento adecuado para una determinada lectura, el hábito de silencio aceptado y deseado por los propios alumnos para adentrarse cada uno en su personal conquista o recreación de un determinado texto. La idea sería que más que buscar técnicas infalibles habría que preocuparse por el desarrollo de hábitos

positivos generados en cada lector por la experiencia gratificante de una lectura que nos satisface y nos descubre la magia de las palabras.

De ahí también que todos los docentes debamos ser conscientes de la necesidad de no limitar la problemática de la enseñanza/ aprendizaje de la lectura al momento de su inicio y de su posterior desarrollo en los años de la escolaridad básica, sobre todo por no estar probada una inequívoca relación entre los métodos de enseñanza para la lectura y la escritura y la formación de un buen lector. Por tal razón, debemos reclamar la participación de todos los profesores en los distintos niveles y materias, para el desarrollo de los hábitos que conforman al auténtico lector, al dominador consciente de técnicas y dueño de los recursos que le facilitarán su desarrollo personal a través del ejercicio libre de la lectura.

En estos últimos años, el auge creciente e imparable de las nuevas tecnologías de la informática obliga a todos los agentes implicados en la promoción de la lectura a atender a sus nuevas posibilidades. No se trata de replantear drásticamente sus funciones o sus instrumentos tradicionales, en especial, el papel del libro en este proceso, sino de no desaprovechar ninguna de las potencialidades positivas que ponen a nuestro alcance tales medios. Dicho de otro modo, además del libro como soporte tradicional, los docentes actuales debemos plantearnos el empleo de otros recursos que están surgiendo con fuerza extraordinaria, como la metodología *e-learning* (aprendizaje asistido por tecnologías de la información) o las plataformas *webquest*. (Un *webquest* es un formato de investigación orientado en el que la mayoría o toda la información con las cuales los principiantes trabajan provienen de la *web*). Y con ellas es posible que podamos potenciar y enriquecer, nunca sustituir, reemplazar o disminuir, las posibilidades básicas del libro como soporte físico para las principales modalidades que debemos contemplar en las aulas para esa promoción lectora permanente.

Repensarnos desde una América Latina otra: la posibilidad de reconstruir

Yanina Gabriela Gambetti

La actualidad de nuestra América Latina se encuentra inmersa en una gran transformación de los procesos sociales. Así surgen nuevas maneras de comunicar, al mismo tiempo que se siguen desarrollando nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Cambian nuestras maneras de relacionarnos, así como también la manera en que nos reconocemos y damos sentido a nuestro mundo de vida.

Todos estos cambios y las particularidades que se pueden reconocer en la región a la que pertenecemos, requieren ser interpretados por las diferentes disciplinas sociales. Sin embargo, la manera en que históricamente los investigadores han enmarcado estos fenómenos como objetos de estudio presenta ciertos problemas de orden epistemológico que, desde nuestra perspectiva, dificultan el análisis de los procesos sociales y culturales locales.

Las matrices teóricas que sirvieron a la comprensión de nuestras sociedades han sido y lo son aún, concebidas

desde otras miradas, desde posiciones muy lejanas al mundo de vida concreto de los hombres y mujeres que vivieron y sintieron en Latinoamérica.

Con esto queremos señalar la necesidad de volver la mirada y repensarnos desde otro lugar, para poder comprendernos y comprender los procesos que nos atraviesan. Para ello es menester resolver ciertos problemas de orden epistemológico y también metodológico, poniendo en primer término (antes de intentar comprender las culturas latinoamericanas) la pregunta ¿Qué entendemos por “cultura”?

Por otro lado, reflexionamos sobre la necesidad de replantear los procesos de formación y de educación, de construcción de subjetividades e identidades a partir de los matices propios de una América Latina, cuyas sociedades “son” en una modernidad que, para la mayor parte de las clases marginadas, “como vivencia es un fenómeno relativamente reciente” (Appadurai, 2007:25).

Partiendo entonces de las preguntas sobre quiénes somos y a dónde queremos ir, este ensayo plantea algunas preocupaciones e ideas que, articuladas mediante diferentes pensadores, expresan una nueva manera de pensarnos y la posibilidad de vislumbrar y construir nuevas opciones para “ser” latinoamericanos.

I. Nuestras matrices de pensamiento

¿Cómo y desde dónde analizamos o estudiamos los procesos, fenómenos y prácticas socioculturales? La respuesta es la siguiente: aquello que se encuentra determinado o influenciado por aquellas matrices de pensamiento que constituyen los basamentos de las teorías y los métodos que orientan los investigadores y pensadores.

Al respecto, Alcira Argumedo (1996) reflexiona sobre cómo conocemos aquí en América Latina, se pregunta cómo es la intelectualidad y cuáles son las posibilidades de generar alternativas teórico- políticas. En “Los silencios y las voces en América Latina” se manifiesta crudamente y mediante ejemplos desgarrantes, para que nos pensemos a nosotros mismos pero desde un lugar diferente. Así, el cómo construimos esta manera de pensarnos decíamos nos va llevando a la discusión sobre los paradigmas y la matrices teóricas.

Siguiendo los conceptos de Argumedo, los paradigmas teóricos que utilizan los intelectuales latinoamericanos no fueron contruidos desde las realidades socioculturales de América Latina. Estas matrices extranjeras fueron originadas en ideas eurocéntricas que además, suponían una definición de lo humano que directamente excluía de “la humanidad” a los hombres y mujeres de los pueblos de este lado del mundo.

Esta situación responde a que las matrices desde las cuales piensan la mayoría de los intelectuales y académicos, las constituyen los paradigmas teóricos dominantes. Los mismos se caracterizan por ser parciales desde el punto de vista de que plantean una concepción del mundo que no tiene nada que ver con el mundo de vida real y concreto de los pueblos latinoamericanos. Es por esta razón que los fenómenos propios de América Latina “no pueden explicarse integralmente desde las concepciones oficializadas en las ciencias sociales y el análisis político” (Argumedo, 1996:15).

Si queremos empezar a pensarnos desde nuestra propia

historia y mirarnos con nuestros propios ojos, debemos actuar críticamente, vinculando los desarrollos teóricos a los condicionantes históricos que los originaron.

Cabe destacar que a pesar de la preponderancia o posición hegemónica de las matrices extranjeras en nuestros modos de analizar nuestras realidades, existe por otro lado, en un plano más oculto o silenciado, una matriz autónoma de pensamiento popular latinoamericano. Porque, aquello de “si la historia la escriben los que ganan, eso quiere decir que hay otra historia” no es solamente expresión de una canción. Siempre existe un paradigma teórico-político alternativo que podemos encontrar allí en donde existen otras ideas, otras voces: las de los vencidos, las de aquellos que tenían una perspectiva de la historia y el imperialismo, del progreso y de lo humano desde su propia realidad sociocultural (Argumedo, 1996).

II. La mediación y la historia

Además de plantear la necesidad de que cada pueblo piense a su cultura desde su propia matriz de pensamiento, debemos definir “de qué está hecha” esa cultura, es decir cómo se constituye.

La cultura es una mediación de la sociedad y, de acuerdo con Jesús Martín – Barbero, para analizar los procesos sociales debemos pasar a una teoría centrada en las mediaciones, y por lo tanto centrada en la cultura. Respecto de esto realiza una interesante propuesta metodológica: aclarar método y suceso / acontecimiento. Esto es, investigar desde las mediaciones y los sujetos, desde la articulación entre las prácticas de comunicación y movimientos sociales, y pensar a los sucesos actuales desde las matrices culturales que los originaron y que aún sobreviven en ellos. (Martín-Barbero, 1987).

La historia tiene en todo esto un papel central. Y América Latina tiene una historia particular, diferente a otras realidades del mundo. En este sentido, debemos plantearnos una “reapropiación histórica del tiempo de la modernidad latinoamericana y su destiempo abriendo brecha en la tramposa lógica con que la homogeneización capitalista aparenta agotar la realidad de lo actual” (Martín-Barbero, 1987:10).

Decíamos que la cultura es una mediación de la sociedad, y a su vez las mediaciones no son simples, sino complejas. Las costumbres y prácticas culturales, las relaciones interculturales e interraciales, la política y la ciencia; todas ellas están mediadas, y en ellas hay historicidad. Es por esto que si queremos desarrollar y sostener una mirada crítica sobre nuestros procesos socioculturales y comunicacionales, debemos primeramente poner en cuestionamiento qué significan, qué sentido le otorgamos, es decir el concepto en sí mismo (Zemelman, 1998).

La discusión en este plano requiere una reflexión epistemológica. El problema de la intelectualidad en nuestros tiempos vendría a ser la carencia de conciencia histórica.¹ La conciencia histórica es tal solo en función de un escenario propio, real y concreto. Si no tenemos esto, entonces no podemos reconocer alternativas a lo dado ni producir conocimiento. Por otro lado, para comprender un momento histórico es necesario comprender como funciona la lógica constructora de poder. Lo que es entendido como lo real es la ontologización del discurso de poder (Zemelman, 1998). Observemos que, de acuerdo

con esto, el problema que se genera es que se quiere adecuar el pensamiento a una realidad “inventada”, que no es la coyuntura histórica concreta.

Frente a esta situación debemos plantearnos la necesidad de hacer una ruptura radical. Ruptura desde una reflexión acerca de la construcción de la realidad y desde la concepción del sujeto histórico con poder creador. Es decir, para ver como se construyó la historia e indagar el presente, tenemos que ver que pasó con el mundo de vida de los sujetos.

Lo que aquí tratamos de exponer es una consideración más compleja de la cultura y de la comunicación, y de cómo ambos conceptos se imbrican en el centro de la problemática acerca de cómo conocemos y cómo nos reconocemos. Así, entendemos a la comunicación como herramienta mediante la cual se construyen las realidades en las que median el tiempo, la historicidad, los espacios y el poder. Realidades en y por las cuales los sujetos concretos se ubican y determinan.

Así, el lugar de lo posible y de lo no posible, de las verdades y las fantasías, de lo que podemos y no podemos llegar a ser y hacer, está sometido a la lógica de control del discurso dominante. Sin embargo, pese a la fuerza con que esta lógica ejerce sobre las ciencias sociales y sobre la sociedad en su conjunto, el hecho de poder ver esto, de poder pensarlo y reelaborarlo, significa en sí mismo un camino hacia la construcción de nuevas realidades: alternativas teóricas más cercanas a los procesos socioculturales concretos que atraviesan nuestra América Latina.

III. La formación de sujetos políticos y la construcción de nuevas miradas

Para construir esas nuevas realidades y esas alternativas teóricas que mencionamos en las reflexiones anteriores, es necesario pensar en qué tipo de sujetos pueden llegar a lograrlo.

Partimos de la premisa de que la sociedad es un producto cultural y también es un hecho pedagógico (Nassif, 1980). Así, los sujetos de la cultura se forman en un sistema educativo que, como parte del complejo sistema social, se encuentra mediado por ciertas corrientes y paradigmas que determinan las perspectivas y modelos desde los cuales se les enseña a pensar el mundo.

El lugar desde donde están pensadas nuestras escuelas aún simplifica demasiado la complejidad de nuestra cultura y deja por fuera del escenario la formación de sujetos políticos. En este último aspecto, los educadores no han construido un discurso que les brinde a los estudiantes la posibilidad y las herramientas no sólo para “articular sus propias voces” sino también para entenderlas y trasformarse en agentes sociales colectivos (Mc Laren, 1998). El lenguaje produce particulares comprensiones del mundo, significados particulares. Cuando los significados se producen por medio del lenguaje irreflexivamente, y se sedimentan en el sentido común se constituyen como realidades fijas, como verdades que están fuera de las relaciones de poder y los intereses particulares. Sin embargo el lenguaje nunca está por fuera de estas relaciones poder/conocimiento que regulan el acceso a las prácticas discursivas (Mc Laren, 1998).

Por esto, se hace necesario ir más allá de la crítica que se queda en el plano del lenguaje. La crítica debe pasar

a la acción para modificar y trastocar el lugar de lo hegemónico, para construir nuevas posibilidades de cambio, para que los silencios sean escuchados y lo invisible se haga ver. No olvidemos que el lenguaje que utilizamos para interpretar el mundo determina la manera en que nos relacionamos y actuamos sobre él.

Si queremos y nos queremos sujetos que puedan lograr investigar desde las mediaciones y los sujetos, desde la articulación entre las prácticas de comunicación y movimientos sociales, debemos destacar la importancia que debe tener para el análisis de los procesos culturales (políticos, educacionales, económicos, sociales) una visión crítica que ponga en el centro del problema al sujeto, a la historia y las relaciones de poder. Es decir, podremos abordar el estudio de las diferentes manifestaciones o movimientos sociales desde la perspectiva de la comunicación, con la cautela de sostener una vigilancia epistemológica que nos advierta sobre las matrices desde las cuales se construyen (y construimos) las teorías, los sujetos y realidades sociales.

Por otro lado, la idea de pensar a la educación como un proceso cultural, un proceso mediado por la cultura, nos estaría alejando del riesgo de permanecer enajenados, es decir, “la misma cultura objetiva se presentaría como algo totalmente ajeno a sus creadores” (Nassif, 1980:74). En cuanto a las ideas de lo crítico y lo político, las mismas están relacionadas en el plano de creación de lo político. Lo político es cuando lo establecido o institucionalizado es cuestionado, criticado como tal. Para generar un sujeto que sea capaz de ser político en el sentido que acabamos de exponer, es necesario desarrollar un sentido de agencia crítica que le permita analizar la subjetividad, reflexionar y elegir en beneficio de sí mismo y de la sociedad en su conjunto.

Lo importante es generar el cuestionamiento, el interrogante sobre quienes somos, de donde venimos y que mundo queremos. Al respecto, Mc Laren (1998) plantea que: “Dentro de la coyuntura histórica actual, con su aspiración de universalidad, su visión totalitaria de la historia, su abordaje etnocéntrico de la cultura, y su celebración de la codicia y el individualismo, las preguntas que deben plantearse acerca del lenguaje y la teoría podrían empezar con las condiciones necesarias para desarrollar formas de práctica teórica que sean capaces de devolver la historia como discurso del Otro...”

Así, la construcción del lugar desde donde pensamos lo político, desde donde nos preguntamos y analizamos los procesos socioculturales en América Latina debe comenzar a sembrarse, entre otras cosas, en la experiencia estudiantil, la cual se constituye “medio fundamental de agencia y de formación de identidad” (Mc Laren, 1998:75).

También resulta importante señalar que además de la formación de los sujetos críticos, es necesario trabajar para propiciar una estructura académica y un escenario de investigación que favorezca la producción del conocimiento. Al respecto, Jorge González (1998) señala que esta última también está condicionada por el tipo de estructura del sistema, que también es importada tanto como las matrices y las teorías. Si cambiara la estructura, los sujetos podrían construir sus propias herramientas, conceptos y teorías para el análisis.

Sin embargo, y siguiendo las posiciones de Martín-Barbero (2000), no podemos dejar de considerar que en la actualidad asistimos a un descentramiento y diseminación del saber. De manera que las nuevas estructuras de formación deberán adaptarse y comprender que el saber ya no está centralizado territorialmente, ni controlado a través de dispositivos específicos, ni asociado a determinadas figuras sociales. Actualmente, el nuevo ambiente comunicativo en el que está inscripto el sujeto es el “saber mosaico”. Las tecnologías hoy trastocan el mundo desde lo más profundo al descentrar la cultura occidental de su eje letrado. Se produce así un proceso de deslocalización y destemporalización de los saberes, y se hace muy difícil reconocer las fronteras que separaban “el saber” del “saber común” o “popular”.

Es por ello que toda teoría que se pretenda generar en América Latina, como parte de una matriz propia y autóctona de conocimiento, debe construirse desde una reflexión sobre las particularidades y subjetividades que actualmente caracterizan a nuestras prácticas reales. Nuestro mundo se encuentra en permanente cambio, y hoy en día asistimos a un profundo des-ordenamiento de la experiencia social y cultural que introdujo la globalización en nuestras tierras, tal como lo analiza Martín-Barbero. La fragmentación del poder social, los cambios en la socialidad urbana, la transformación de lo político y del espacio público, entre otros, configuran un escenario que nos impulsa a revisar las teorías y las maneras de analizar estas nuevas realidades.

Según González (1998), es necesario construir nuevas herramientas metodológicas que sean acordes a las realidades locales que conforman el contexto sociocultural al que los investigadores latinoamericanos deben enfrentarse. Es interesante su propuesta sobre construir una nueva forma de mirarnos, mediante la categoría “frentes culturales”. La misma permite analizar las formas simbólicas y las prácticas sociales que luchan por el sentido dentro de los procesos culturales, y sirve para observar cómo a lo largo del tiempo, algunas de estas formas se convierten en comunes y compartibles entre agentes sociales que son diferentes entre sí.

La construcción de nuevas miradas es fundamental en la orientación del análisis sobre la cultura en América Latina. Una respuesta posible puede ser la perspectiva de trabajo transdisciplinar, en red, como punto de partida para intentar abrir los sistemas de conocimiento, y para generar mejores condiciones de producción de conocimientos.²

La comunicación es en la interacción de los sujetos en un proceso de producción y recepción de significados. Y es en la cultura y a través de la comunicación donde se establecen las identidades y las alteridades sociales cuyo rol es luchar por el sentido, luchar por la hegemonía. Por eso, concebir a la educación como “el proceso de ayuda al desarrollo de las capacidades humanas para la transformación y la creación culturales” (Nassif, 1980:75), es el punto de partida para formarnos/formar alumnos que se piensen sujetos políticos, y que además puedan lograr la suficiente autonomía para cuestionarse su propio orden existente.³

Conclusiones

Si quisiéramos modificar la manera de abordar nuestras realidades, tendríamos que tomar como matrices a las más autóctonas: las ideas de nuestros vencidos y silenciados, ideólogos y pensadores de la libertad y la confraternidad latinoamericana. También deberíamos enseñar a nuestros niños más sobre la historia de nuestros antepasados aborígenes, sobre lo que ocurría en los sectores populares y sobre sus líderes; enseñar a nuestros jóvenes a pensar críticamente con el fin producir conocimientos que sirvan para mejorar la calidad de vida de nuestras sociedades.

Si quisiéramos crear un nuevo escenario desde donde mirar diferente, propiciaríamos estructuras más democráticas y plurales, que nos permitieran tejer redes de pensamiento donde los investigadores se aunaran en un objetivo común: generar matrices teóricas propias y conocimientos que generen cambios.

Si quisiéramos además construir otras realidades, formaríamos/educaríamos desde nuestras propias matrices y a partir de nuestra historia sujetos políticos menos ambiciosos e individualistas, más críticos y reflexivos. Trataríamos de entender lo político de otra manera, viendo en los grupos sociales emergentes nuevas formas de politicidad que no podemos dejar de tener en cuenta a la hora de comprender quienes somos y como nos identificamos. Construiríamos nuevos modelos de vida y de países, nuevas expectativas y necesidades que sean más populares y autóctonas, y también menos mundializadas. Nos comprometeríamos con nosotros mismos y con aquellos otros a quienes, hasta ahora, no se les ha dejado escribir la historia...

Quizás para muchos estos párrafos se asemejen más a una serie de deseos en prosa que a unas conclusiones de un ensayo sobre el desafío de las cuestiones teóricas, la comunicación y los procesos socioculturales. Sin embargo, no es otra cosa que la síntesis de una reflexión que pretendemos seria y teórica. Reflexión pero también esperanza, acerca de algunos puntos de partida para pensar a América Latina y construir los caminos que nos conduzcan a mirarla y escucharla como se merece.

Existe más de un camino y (...) lo único que ocurre es que los siglos recientes han ido orientando nuestra mirada para que podamos ver sólo uno.

Héctor Schmucler (1997)

Notas

¹ Véase la diferencia que Zemelman establece entre conciencia y conocimiento, en *Conversaciones didácticas*, p.13.

² Véase la propuesta de un sistema de información cultural “con sentido público, abierto y participativo” que realiza el equipo de investigación de Jorge González, en “La voluntad de tejer: Análisis cultural, frentes culturales y redes del futuro”.

³ Véase el concepto de “ser autónomo” que plantea Castoriadis (2000) en *Ciudadanos sin brújula*, Capítulo 1. Coyoacán, México.

Referencias bibliográficas

- Appadurai, Arjun. (2001). *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económico.
- Argumedo, Alcira. (1996). *Los silencios y las voces en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional
- Buenfil Burgos, Rosa. (1993). "Análisis del discurso y educación", en *Documentos DIE*. 1-25 pp.
- Castoriadis, Cornelius. (2000). *Ciudadanos sin brújula*. México: Ediciones Coyoacán.
- González, Jorge. "La voluntad de tejer. Análisis Cultural, Frentes Culturales y Redes del futuro". *Revista Razón y Palabra*. Número 10. Año 3. Abril-Junio 1998.
- Laclau, Ernesto. (1987). "Hegemonía y Estrategia socialista". Ediciones Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. Apartado: La categoría del "Sujeto" en capítulo 3: Más allá de la positividad de lo social: antagonismo y hegemonía.
- Martín-Barbero, Jesús. (1987). *De los medios a las mediaciones*. Barcelona: G. Gili.
- Martín-Barbero, Jesús. Dislocaciones del tiempo y nuevas topografías de la memoria. Noviembre 2000. En <http://www.pacc.ufrj.br/artelatina/barbero.html>
- Martín-Barbero, Jesús. Figuras del desencanto. Colombia. 2002. En <http://www.revistanumero.com/36fig.htm>.
- Mc Laren, Peter. (1998). *Pedagogía, identidad y poder en el multiculturalismo*. Rosario: Homo Sapiens.
- Nassif, Ricardo (1980) *Teoría de la educación*. Buenos Aires: Cincel.
- Schmucler, Héctor. (1997). *Memoria de la comunicación*. Buenos Aires: Biblos. Capítulo: Comunicación, cultura y desarrollo. Capítulo: La investigación (1982: un proyecto comunicación/cultura.
- Zemelman, Hugo. *Conversaciones didácticas. El conocimiento como desafío posible*. Editorial Educo-Universidad Nacional del Comahue, Argentina.

Creación y diversidad cultural: un proyecto de investigación

Silvia Garay

"Caminando por las calles de Buenos Aires se ve "algo" conocido que nos remonta a un lugar donde crecimos, ese lugar donde hay diversos grupos sociales y donde además hay variedad de símbolos e iconos gráficos que caracterizan un estilo de vida con historia propia.

Cada día que pasa se ve la ausencia de los regionalismos que con el transcurso del tiempo el hombre extraña y quiere recordarlos aún estando lejos, a cualquier costo, es por esto que se busca la forma de crear una marca o símbolo característico para que otra persona, en la misma circunstancia, pueda reconocerlo.

Los símbolos y signos representativos de un país o una región son los que trazan las diferencias y costumbres, mostrando a través de ellos características fundamentales de una sociedad, desde su historia hasta la forma de percibir el mundo.

Los símbolos gráficos, igual que los verbales, van acumulando sentido a lo largo de su historia. Algunos tie-

nen fortuna y llegan a ostentar una frondosa significación; otros se simplifican y se tornan un tanto unívocos, gracias a los acuerdos que traspasan fronteras, y esto puede ser también afortunado." (Diana Pando y Andrés Salcedo, Símbolos y signos de Argentina y Colombia) Este fue el inicio del trabajo presentado por un grupo de alumnos de Introducción a la Investigación en el primer cuatrimestre del año 2007.

El tema convocante para sus investigaciones fue: "creación y diversidad cultural".

¿Cómo surgió? Como resultado de la observación y el trabajo con el grupo de alumnos que compartieron la cátedra, provenientes de diversos países y sobre todo de Latinoamérica.

Esa conjunción de individualidades y culturas hizo mucho más fluida la dinámica grupal y más rica la producción escrita.

Pero tal vez lo más destacado de esto fue que muchos alumnos descubrieron su propia cultura y la de sus países con la mirada alejada de las propias fronteras geográficas de sus países y con una mirada desde otro lugar: desde la Argentina.

Así también pudieron percibir la continuidad en el tiempo de un patrimonio material, natural, simbólico, que compartido, debe preservarse y desarrollarse.

Este proceso de la cultura, siempre inacabado, conlleva y se nutre en forma permanente de procesos de intercambio, actualización y confrontación de conocimientos y creación. Se amplían así las redes de símbolos que traspasan las fronteras de las geografías individuales.

La diversidad cultural implica la coexistencia de una multiplicidad de culturas dentro de un espacio determinado donde convergen identidades que llevan implícitas las diferencias y son por lo tanto respetadas y no diluidas.

Estas culturas existen desde antes de la conquista, por tanto su conocimiento no sólo nos lleva a volver a crear sobre sus símbolos, si no también enriquecer nuestra propia creación actual y futura.

Para ello, los alumnos abordaron el objeto de estudio desde diferentes campos trascendiendo así lo específico, no sólo de cada disciplina, sino también del espacio geocultural, que es enriquecido desde lo conceptual y metodológico.

El campo de la creación se presenta entonces como eje y motor de adaptación y aprendizaje en la dinámica del aula, puesto que en ella es donde convergen diferentes problemáticas en torno al idioma, costumbres, las distancias y afectos.

Es por ello que comprender la diversidad desde presencia y el accionar de nuestros propios alumnos, no es solamente entrar en culturas diferentes sino también descubrir algunos puntos de tradición común, de pertenencia y adaptación ¿Por qué? Los productos de sus creaciones se verán enriquecidos en relación a su vasto campo de experiencias y confrontaciones con su propia historia y la de los otros.

Nuestra tarea como profesores será sin dudas buscar las estrategias pertinentes para lograr verdaderos aprendizajes significativos que sin dudas darán como resultados alumnos comprometidos con su hacer y creaciones ricas en significaciones.